

**Acto de colación de grados en el Colegio del Salvador.
Carlos I. Salvadores de Arzuaga
Rector de la Universidad del Salvador (USAL)**

Señoras y señores:

Como Rector, les doy con mucha alegría la bienvenida a este acontecimiento central en la vida de nuestra Universidad, como lo es siempre una colación de grados.

En esta ocasión, a la importancia de la ceremonia en sí se agrega la satisfacción que nos produce el ámbito en que va a desarrollarse: este salón de actos del Colegio del Salvador, el colegio de los jesuitas en la ciudad de Buenos Aires.

Aquí estamos, en este lugar tan lleno de significado.

Estoy seguro de interpretar el sentimiento de muchos presentes cuando digo que encontrarnos aquí nos emociona y nos mueve a recordar.

Esta última palabra, recordar, en su sentido original latino significa mucho más que solo hacer memoria.

Quiere decir "volver a pasar por el corazón", entendido éste como el centro del pensamiento y de los afectos.

Al recordar utilizamos tanto la mente como el corazón, las dos dimensiones sobre las que nuestra Universidad se propone contribuir, con ciencia para una y virtud para el otro.

En actos como éste la Universidad, es decir, cada uno de todos sus integrantes, celebra la continuidad del espíritu jesuítico que estamos llamados a preservar, sostener y fortalecer.

No tomamos este acontecimiento como una despedida de nuestros graduados, sino como algo que podríamos definir como un ritual de pasaje: ellos han sido hasta ahora alumnos, ahora se han convertido en profesionales graduados, pero la Universidad del Salvador sigue siendo su casa.

No se les dice adiós, sino hasta siempre, hasta cada momento.

¿Qué tiene que ver esto con el Colegio?

Mucho. El Colegio del Salvador es en sí un auténtico espacio para el recuerdo.

Remite a la primera fundación de la Compañía de Jesús en la ciudad, el Colegio de Loreto, luego llamado de San Ignacio.

Estamos hablando del siglo XVII.

Los avatares históricos llevaron a cambiar nombres y domicilios, pero nada de eso hizo perder el espíritu ni la identidad, que gracias a Dios llegan hasta nosotros.

Esta Universidad inició gran parte de su labor en este Colegio.

Muchas camadas de varias carreras pasaron por estas aulas.

Este Rector fue uno de aquellos alumnos.

Por consiguiente, celebrar en este lugar un acto tan entrañable para nosotros es todo un símbolo.

Hemos vuelto a nuestros orígenes. Estamos en la atmósfera de nuestra historia, es decir, ejerciendo la manera más apropiada de sostener nuestra identidad.

Como todos sabemos, al momento de decidirse, más de medio siglo atrás, el traspaso de la Universidad a los laicos, el entonces provincial de la Compañía de Jesús, padre Jorge Bergoglio, le entregó una Carta de Principios llamada "Historia y cambio".

Allí se propone cimentar a la Universidad sobre tres pilares que hoy llamaríamos operativos: luchar contra la intención de sacar a Dios de la sociedad, avanzar a través del retorno a las propias fuentes e impulsar el universalismo asentándolo en las diferencias entre los pueblos.

En extrema síntesis, allí está la sustancia de nuestro ser, la que procuramos validar a través de cada una de nuestras decisiones.

Si echamos un vistazo a nuestro alrededor, tal conjunto de principios no es algo fácil de sostener en este tiempo confundido, reacio a la reflexión, enamorado de lo efímero y lo vertiginoso, y que, por todo eso, no sabe muy bien para qué sirven la historia y los valores que nos ayudan a identificarnos.

Pero aquellos hombres, como los fundadores de nuestra Universidad o como el padre Bergoglio, que pensaron en algo duradero para legar a la comunidad, sí valoraban esa historia y esos valores, y acertadamente lo asociaban con el núcleo de su identidad.

Los romanos, y con ellos toda la antigüedad, valoraban a la historia como "maestra de la vida".

Esa reconstrucción de la realidad de otro tiempo, considerando sus luces y sus sombras, nos permite entender mejor nuestro presente y nos preserva de dos riesgos: creer que lo que nos pasa nunca ocurrió antes, y juzgar sucesos y personas de otras épocas con criterios de la nuestra, en una suerte de ilógico anacronismo al revés.

Esa visión clave de la historia, sumada a nuestra condición de cristianos católicos de impronta ignaciana, nos permite comprender mejor la condición humana, abriarnos a los demás y de ese modo saber qué somos verdaderamente.

Cualquier conexión interpersonal que intente prosperar necesita apoyarse en la condición humana, que a los ojos de la pura razón es imperfecta precisamente porque incorpora sentimientos, emociones, apertura a lo trascendente.

Éste es uno de los enormes problemas que nuestro tiempo no atina a resolver. La inteligencia artificial, la tecnología no responderá para que estamos, quienes somos, a donde vamos.

El gran santo y ahora doctor de la Iglesia cardenal Newman resume en unas pocas palabras de qué se trata eso de los vínculos humanos cuando enseña que “el corazón habla al corazón”. Ni todo, ni siquiera lo más importante, pasa únicamente por las neuronas. No es allí donde se produce el auténtico encuentro entre las personas.

Porque somos personas, no solamente individuos.

Por ejemplo, las personas somos el sujeto de la Doctrina Social de la Iglesia.

Y formamos comunidades porque somos con los otros, para los otros y gracias a los otros.

De allí que *nuestra identidad es y ha sido siempre ajena a individualismos vacíos y también a colectivismos que niegan nuestra principal grandeza: la de ser creaturas de Dios.*

La Universidad del Salvador nació hace casi 70 años, cuando se negaba a los particulares, incluso a instituciones como la Iglesia, la posibilidad de impartir educación superior.

Los jesuitas tuvieron un papel protagónico en el reconocimiento de que el derecho constitucional de enseñar y aprender alcanzara también a la Universidad.

Hubo lucha, incluso literalmente, pero finalmente se impuso el sentido común.

El lenguaje popular describió aquellas discusiones a veces fogosas con la antítesis “libre – laica”.

Y como los defensores de la libertad de enseñanza usaban como color distintivo el verde, el escudo de nuestra Universidad lo incluyó en una de sus campos, en la que también aparece el delfín atravesado por el tridente (Cristo y la Trinidad) y las siete llamas en la antorcha, símbolo griego del conocimiento y de los siete institutos universitarios que originaron a nuestra casa.

Como síntesis es admirable, porque la fe y el conocimiento sólo pueden crecer y profundizarse en un ambiente de libertad.

Queridos graduados, y ya voy terminando: queda claro con esto que el propósito de la Universidad que los formó y los graduó son las personas, naturalmente entendidas como un todo de cuerpo, alma y espíritu.

No se los formó únicamente para que tengan mucho, ni siquiera para que sepan mucho, sino para que “sean” mucho.

Antoine de Saint – Exupery lo dice con belleza y contundencia: “El dinero hace personas ricas, el conocimiento hace personas sabias, la humildad hace grandes personas”.

La humildad nos hace grandes. De eso se trata la formación que proponemos.

De eso se trata la vida, en más de un sentido. Y esa humildad es la mejor clave frente a lo nuevo, ya que, como aprendemos de Romano Guardini, *"nuestro puesto está en el porvenir"*.

Les deseamos lo mejor en sus desempeños profesionales, queridos graduados. Como ya dije, la Universidad sigue siendo su casa, ésa a la que se vuelve sin ceremonias ni protocolos: naturalmente.

No duden en venir cuando lo crean necesario.

Aquí estaremos, nosotros o quienes nos continúen, porque tenemos un legado que nos trasciende: oponer a la cultura del descarte, del sálvese quien pueda, del individualismo descarnado y antihumano, la cultura del encuentro, la única que puede salvarnos de la disgregación que hoy nos agobia como humanidad.

Parafraseando al célebre graduado de esta Universidad, el Papa Francisco: Sueñen, no dejen de soñar, sueñen en grande, sueñen que cambiaran el mundo.

Que Dios los bendiga y que San Ignacio los acompañe.